

LA ETICA DEL DEBATE

españoles que representan, porque lo han heredado de la situación anterior y lo han mantenido en ésta. Legitimamente no puede usar de ese poder para imponer su doctrina, aunque en esa doctrina figura precisamente la virtualidad de la pirámide, del derecho y hasta del deber de los de arriba para salvar a los de abajo, aun en contra de la voluntad de éstos. Lo que no es admisible es que traten de disfrazar ese pensamiento franquista —y, naturalmente, más antiguo que Franco y más extenso que el ámbito español en una época determinada— con tónicas democráticas, y que traten de demostrar, con palabra democrática, que los temas profundos de España en este momento se deben resolver más allá del debate o al margen del debate. Y del Congreso, y de los partidos políticos.

Y sin embargo, así van los ministros al Parlamento, y así se resignan a la retransmisión por radio y televisión, como si fuera una vergüenza; cuando la realidad estricta es que el debate en el Congreso es una reducción del debate público, en el ágora, de todos los ciudadanos, en el origen de la democracia; fue sólo cuando el número de los ciudadanos se aumentó, y la extensión de la antigua ciudad se amplió hasta las naciones, cuando se acudió a la democracia representativa y directa, que es la que tenemos constitucionalmente. Si unos nuevos medios permiten que la mayoría de la nación escuche directamente esos debates y forme en ellos su juicio no se derivará más que un bien en el sentido de la soberanía popular.

El secreto, la impunidad, el carisma en el poder, no forman parte de la ética democrática. La forma de presentar este famoso debate como algo excepcional, como un caso insólito en la vida española, como un vía crucis de unos hombres supuestamente abnegados, supuestamente infalibles, supuestamente recipiendarios de un poder legado de Dios, no tiene ningún sentido. Sobre todo, cuando todo está atado y bien atado; el marco constitucional impreciso, el desarrollo de la Constitución sin terminar, las reglamentaciones y estatutos de las cámaras bien dirigidos, la mayoría bien asegurada, y cuando la tensión de este debate sin salida posible parece más bien creada para, al final, presentar al Gobierno como triunfador. No sólo con la razón de su doctrina y de su exposición, más o menos programática, sino contra los enanos de Gulliver, contra los destructores, contra el liberalismo de los partidos políticos surgidos del siglo XIX.

DANIEL fue arrojado a la cueva de los leones, y los leones le respetaron, y así se llegó al reconocimiento oficial —dicen los textos— de su superioridad del Dios hebreo sobre las deidades babilónicas. Y Daniel tuvo sus famosas visiones y sus alusiones sobre el futuro. Confundir a Suárez con Daniel, el foso con el Congreso y los leones con los dirigentes de la oposición sería una excelente figura para el humorismo si no encerrara, una vez más, una proposición concreta de sumisión de la democracia, de abolición de las incipientes formas de soberanía popular, de la recuperación de la idea del poder intangible e indestructible.

La ética del debate es otra. No se agota con éste que está sucediendo en estos momentos, sea cual sea su final, porque el debate, en la democracia, no tiene final ni principio: se sucede a sí mismo. ■



LOS SENTIDOS DE LA CULTURA

Los
Contem
pora
neos

CUANDO oigo la palabra revólver, echo mano a mi cultura", decía el doctor I. J. Good ("Especulaciones de un científico"), volviendo por pasiva la famosa frase atribuida a Goering (los modernos eruditos del nazismo han descubierto que la dijo antes el poeta Hans Johst). Lo malo de aquí, y ahora, es que cuando uno quiere echar mano a su cultura se encuentra la funda vacía: se la ha llevado Ricardo de la Cierva. La tiene en su Ministerio, metida en un organigrama, sometida a la división del trabajo: se reparte en direcciones generales, luego en subdirecciones, luego en negociados, etcétera. Se va atomizando. Pasa por conductos, por alambiques: se le va privando de lo intrínsecamente malo. Es un admirable proceso: la cultura sale del pueblo, como siempre, pero antes de volver a él ha de pasar por este laboratorio del Ministerio, que la digiere, que la rumia.

No es un procedimiento nuevo. Ricardo de la Cierva tiene buenos precedentes de los que aprender, y que justifican su Ministerio. Jdanov, por ejemplo, en la Unión Soviética: un personaje tan importante que dio su nombre a una tendencia, el jdanovismo, que era la de que intelectuales, artistas y científicos trabajasen con arreglo a las normas políticas y al servicio de la propaganda. O el doctor Goebbels, en la Alemania de Hitler, que tuvo la misma pretensión, y considerables éxitos. Desgraciadamente, para esta forma política de la cultura, el ruso murió de una muerte que la Historia considera "misteriosa", y el alemán se suicidó, después de matar a toda su familia, en la Cancillería, junto a Hitler. Son escuelas inconclusas. Más reciente, y más acomodada a los tiempos, fue la de Malraux. Pero Malraux no tenía la dinámica de La Cierva: era un intelectual. Su gran obra fue blanquear los monumentos de París, restaurar los museos, impulsar las artes y pronunciar discursos de una gran belleza. Y algo que la Historia no recoge bien, todavía, pero que alguna vez reconocerá: llevar la cultura nacional, la cultura emitida por el pueblo a través de sus intelectuales y sus artistas, al seno del Consejo de Ministros y, especialmente, hacia el general De Gaulle. Es el camino inverso a los seguidos por Jdanov y Goebbels. Claro que De Gaulle era un hombre enormemente receptivo. Se contaba una historietita: Malraux llevaba a De Gaulle al museo de Arte Moderno y le explicaba los cuadros. De Gaulle exclamaba: "¡Magnífico Van Gogh!", y Malraux aclaraba: "Es un Gauguin, mi general"; "¡Bello Monet!". "Manet, mi general". "¡Qué interesante Picasso!". "Es un espejo, mi general".

Hermosa tarea para un ministro de Cultura: llevar la cultura al centro de la política, hacerla formar parte de los Consejos de Ministros y de las preocupaciones de los gobernantes.

Quizá aquí el Ministerio pueda producirse de una manera parecida, dando sentido inverso al motor que ahora le mueve: el día que se vaya Ricardo de la Cierva tal vez haya algún ministro que lo intente. Va a encontrarse con serias dificultades. Y tal vez sea ese día en que el Gobierno decida suprimir el Ministerio de Cultura. ■

POZUELO